

Maravall, Ortega y la *Revista de Occidente*

La relación de José Antonio Maravall con Ortega comienza ya en fecha temprana, si consideramos la edad del primero. Aunque procedente del mundo del derecho, el que habría de ser excelente y riguroso historiador, frecuenta pronto la Facultad de Filosofía y Letras y asiste a las clases que el filósofo español dicta en el Pabellón Valdecilla de la vieja Universidad de la calle Ancha de San Bernardo.

Si bien —de acuerdo con la teoría orteguiana de las generaciones— el estudiante levantino pertenece a la que luego se llamaría «Generación del 14», ocupa, dentro de ella, una posición de avanzada pues había nacido en el verano de 1911. Quizás eso explique el que apareciese en la escena universitaria e intelectual española a tiempo de llegar a colaborar —como escritor novel, eso sí— en la *Revista de Occidente* de la primera y gloriosa época que Ortega dirige y cuyo secretario es Fernando Vela. Julián Marías, tres años más joven, tan sólo alcanzó a publicar una breve nota. Pero Maravall, desde sus 22 años, colabora con bastante asiduidad: de abril de 1933 a febrero de 1936, publica en la prestigiosa revista nada menos que diez notas y cinco artículos y hay que decir que la mayoría de esas notas son realmente enjundiosos artículos críticos —incluso por su longitud—, pero desde luego, por la forma de desarrollo y la originalidad y madurez de criterio con que enfoca los temas.

El estallido del conflicto bélico en España interrumpe bruscamente, en julio de 1936, la publicación de la *Revista* y el desenvolvimiento normal de la vida y la actividad intelectual y profesional de sus colaboradores. Como a todos los españoles, toca a estos jóvenes vivir —y padecer— su parte alícuota de la gran catástrofe histórica que sacude al país.

Ortega, gravemente enfermo, se instala en París, luego va a Holanda y, de nuevo en París, es operado a vida o muerte. El feliz resultado de esa operación le proporciona dieciséis años más de vida. En septiembre de 1939 va a la Argentina y no retorna a Europa hasta 1942. Se establece entonces en Lisboa, y allí acude José Antonio Maravall a visitarle junto con su gran amigo el sociólogo Salvador Lisarrague, prematuramente desaparecido, que había sido también discípulo de Ortega. Hasta el verano de 1944 no pisa el filósofo tierra española y ello solamente en breves apariciones —de orden familiar y casi

turísticas—, en ese inmenso afán de contacto casi físico con el terruño patrio, sentimiento tan característico de la generación española a la cual perteneció.

En 1949 Maravall es nombrado Director de la Casa de España en la Cité Universitaire de París, puesto que desempeña hasta 1954, un año antes de la muerte de Ortega acaecida en octubre de 1955. Coincide, por algún tiempo, en la capital francesa con Luis Díez del Corral, nombrado Consejero Cultural por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España y luego representante de los organismos españoles en la UNESCO. El matrimonio Díez del Corral organiza alguna cena en su casa para dar ocasión a Ortega de encontrarse con figuras como Raymond Aron, André Siegfried, Gabriel Marcel, entre otros, y Maravall puede allí platicar de nuevo con el filósofo español que viene de paso para Alemania después de dar unas conferencias en Inglaterra.

Tras la guerra civil española, la *Revista de Occidente* había continuado modestamente su vida editorial; no así la publicación periódica bruscamente interrumpida, como decíamos, en julio de 1936. Pero en 1963, ocho años después de la muerte de su fundador y veintisiete del comienzo de la guerra civil, el clima político de España es ya más abierto y José Ortega Spottorno se decide a reanudar la publicación mensual, la *Revista* propiamente dicha. Desde el primer momento José Antonio Maravall forma parte del Consejo Asesor de la nueva etapa junto con Díez del Corral, Lafuente Ferrari, Laín Entralgo, Lapesa, Aranguren, Marías y José Luis Sampedro. De este grupo, unos habían tenido contacto directo con Ortega antes de la guerra civil: el viejo compañero de aventuras editoriales, Fernando Vela, su directísimo discípulo Julián Marías, Luis Díez del Corral, Lapesa y Maravall; pero otros no habían tenido ocasión de ello ni antes de 1936 ni en la posguerra: los viajes fuera de España eran entonces muy difíciles y las estancias de Ortega en España, escasas y cortas.

No es esta breve nota la ocasión de repasar la inmensa producción de Maravall, consagrado ya como uno de los más finos y rigurosos estudiosos de nuestra historia, pero sí es interesante recordar aquellas sus primeras colaboraciones en la vieja *Revista de Occidente*, «Teoría del poema», en julio de 1933; «La tentación adrede», un ensayo crítico sobre Gide; la nota sobre el libro recientemente premiado de Thierry Maulnier titulada «Culturas beligerantes», y la que titula, en septiembre de 1935, «Hacia el hombre», muy en la línea de la filosofía vitalista que nutre sus estudios y lecturas y los cursos universitarios de Ortega. Nuestro joven escritor está entonces para cumplir, o acaba de cumplir, los 24 años. Impresiona el volumen de conocimientos que estos escritos suponen y la madurez de su pensamiento crítico. En junio de 1935 encontraremos una nota sobre «El mundo de la Universidad»; en septiembre, la nota «Europa en crisis», y en febrero de 1936, la crítica de Gide a que hacíamos alusión «La tentación adrede», su última colaboración, si no me equivoco, en la vieja *Revista de Occidente*.

Todas estas colaboraciones y los contactos personales posteriores —escasos por razón de la separación geográfica que el destino les ha impuesto— marcan desde muy pronto en la vida de José Antonio Maravall, la amistad de carácter discipular que le une con un Ortega ya maduro y consagrado. Amistad a que solamente la muerte podrá poner fin.

Soledad Ortega